

LOS ROSTROS DE LA MUJER EN LAS DIOSAS GRECOLATINAS

THE FACES OF WOMEN IN GRECO-LATIN GODDESSES

LUZ ÁLVAREZ GARCÍA

Fecha de recepción: 11/03/2025
Fecha de aceptación: 30/04/2025



Las tres edades de la mujer, óleo sobre lienzo, Marco Bigio, 1540-1545, Pinacoteca Casa Ciani, Siena (Italia)

PALABRAS CLAVE:

Magna Dea
Diosas grecolatinas
Semilla
Espiga
Cosecha

RESUMEN:

A través de las tipologías de las principales diosas grecolatinas y sus hechos en el mundo de los humanos, se expondrán las características propias de lo femenino que derivan de la *Magna Dea*, Diosa Madre, en los tres estados de doncella, mujer y anciana. Se incluyen referencias literarias y pictóricas que, en el correr de los tiempos, han explicado e iluminado el conocimiento que transmiten los mitos protagonizados por estas divinidades. Las manifestaciones de la *Magna Dea* que trataremos en este trabajo son, por orden: Gea, Rea, Las Moiras, Hestia, Deméter y Coré, Artemisa, Atenea, Venus, Hera y Hécate.

KEYWORDS:

Magna Dea
Greco-Latin goddesses
Seed
Ear
Harvest

ABSTRACT:

Through the typologies of the main Greco-Latin goddesses and their deeds in the human world, the characteristics of the feminine that derive from the *Magna Dea*, the original Mother Goddess, the three states of maiden, woman and old woman, will be presented. Literary and pictorial references are included that, over time, have explained and illuminated the knowledge that the myths starring these divinities convey. The manifestations of the *Magna Dea* that we will deal with in this work are, in successive order: Gaia, Rhea, the Moirae, Hestia, Demeter and Korha, Artemis, Athena, Venus, Hera and Hecate.

INTRODUCCIÓN. Representar las particularidades, atributos, pulsiones y manifestaciones de lo femenino no es tarea fácil de llevar a cabo, máxime si se pretende hacerlo desde una postura exclusivamente racional. Sin embargo, la humanidad ha encontrado, a lo largo de los siglos, la manera de hablarse y explicarse a sí misma a través de los símbolos, los mitos, la literatura y el arte. Y una de las maneras más hermosas y completas de expresar las características multifacéticas y fascinantes, en este caso de los aspectos femeninos encarnados, ha sido mediante las representaciones artísticas y las narraciones mitológicas sobre la naturaleza y los hechos de las diosas grecolatinas. Las narraciones mitológicas presentan los hechos protagonizados por estas deidades en un universo en el que se encuentran y entrelazan lo celestial con lo telúrico y lo humano; lo natural y lo sobrenatural; los deseos y las acciones que estos, auxiliados por la imaginación y la voluntad, ponen en marcha.

El deseo, en el más amplio sentido, apunta a la referencia a aquello que se anhela, bien porque falta o porque se echa de menos cuando se ha perdido. El deseo se ha considerado tradicionalmente como una pulsión del alma. El término “alma” tiene su raíz en el indoeuropeo *-and*, “respirar”, “aliento”,¹ que dará luego en latín *anima*, principio vital, inmaterial que insufla vida a los cuerpos, y también *animus*, aliento, mente. El alma es pues concebida como un aliento, un hálito, un soplo que infunde la energía vital en los seres. Por su parte, el término pulsión procede de la raíz indoeuropea *pel-* “impeler”, “empujar”,² que posteriormente dará en latín la palabra *pulsio*, “acción y efecto de golpear, empujar”. De modo que el deseo es un movimiento que siente el alma y que la mueve en dirección a un objeto externo a ella, es decir, hacia

¹ E. A. ROBERTS Y B. PASTOR, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Alianza, Madrid, 2009, pp. 9-10.

² E. A. ROBERTS Y B. PASTOR, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, p. 126.

el mundo exterior. El deseo surge en el alma a través de la información que recibe de los sentidos y, en su pugna por realizarse, se elabora a través de la imaginación y se modula por la razón, antes de manifestarse en el mundo. Y si bien el deseo es visto en algunas tradiciones orientales como una manifestación puramente del “ego”, considerado fuente de todos los males, por lo que se considera esencial anular el deseo para conseguir la liberación espiritual, sin embargo, en la cultura occidental, así como en la tradición mística hebrea, el deseo no posee un sentido peyorativo, al contrario, se considera el origen del impulso necesario para la realización de cualquier tarea de la voluntad en el mundo. Cosa distinta es cómo, cuándo y dónde se manifieste en la realidad; ahí es cuando pueden surgir los aspectos negativos o positivos y las consecuencias, deseables o indeseables, virtuosas o execrables, de la expresión de esa fuerza pulsional.

Finalmente, conviene apuntar que el mismo hecho de que estos relatos mitológicos hayan pervivido a través de múltiples generaciones, manifiesta que contienen en su interior un mensaje importante e indeleble que traspasa las fronteras de tiempo y espacio. Por lo demás, al ser estas narraciones tan bellas, especiadas y variadas, tan emocionantes y motivadoras, se consigue que se inscriban con fuerza en la memoria y que el oyente o lector pueda escucharlas, leerlas o contemplarlas una y otra vez sin cansarse, y sin, por otra parte, importar el género o el soporte en el que se presenten.

LAS DIOSAS GRECOLATINAS. El panteón grecolatino es abundante en figuras femeninas de todo tipo y condición. Las deidades femeninas desempeñan en él una función determinante, al tiempo que se manifiestan de formas caleidoscópicas: dependientes e independientes, libres, ligadas a la naturaleza, amorosas, protectoras, vengativas, depositarias de los misterios sagrados, presentes en los umbrales y encrucijadas de la vida, en el nacimiento, en la muerte, al tiempo que sostenedoras de las costumbres sociales, maternales, guardianas del hogar, del templo, de la ciudad, de Atenas y de Roma, del Imperio. En la mitología grecolatina se encuentran diosas que son portadoras de características, aspectos psicológicos y funciones positivas atribuibles a la mujer como hija, madre, esposa, hermana, compañera, amiga, luchadora, protectora, bienhechora; pero también en sus aspectos destructivos, maliciosos, celosos, lujuriosos, salvajes y vengativos. Es por ello que estas deidades manifiestan deseos explícitos, semejantes o iguales a los de los humanos, desarrollados en los acontecimientos variados y especiados que protagonizan; los cuales permiten enseñar, mostrar y advertir a la humanidad acerca de las consecuencias, positivas o negativas, de los actos que los deseos del alma y del cuerpo impulsan y la voluntad manifiesta en el mundo.

Como decíamos, son tan numerosas y complejas las figuras femeninas en la mitología clásica que, con el fin de no perdernos en un contexto tan amplio y complejo, hemos seleccionado para esta exposición una discreta lista de diosas o semidiosas que cubre un amplio rango de actitudes, emociones y situaciones.

Por otra parte, hay que señalar que en ocasiones surge la pregunta de cómo es posible que dada la riqueza de matices y significados que se despliega en los relatos sobre las deidades femeninas, sin embargo, en las culturas griega y romana, la mujer ocupase un segundo plano y su participación en la sociedad y la cultura, en la actividad pública de la *polis*, fuese tan escasa. Aunque el asunto requeriría un profundo análisis inabarcable dentro de los límites y propósitos de este trabajo, hemos de señalar que lo que nos transmiten los relatos mitológicos no es la figura de la mujer real en una sociedad humana, sino la plasmación artística de las imágenes arquetípicas del ánima

femenina, tal y como la concebían aquellos pueblos en su intento de comprender la realidad en la que se desenvolvían.

Por lo demás, si nos ceñimos a lo que los mitos transmiten en términos de comportamiento personal y colectivo, encontraremos una riqueza de significados, una gran profundidad psicológica y espiritual, a la vez que valiosas reflexiones de cómo conviene conducirse en la vida para, al menos, procurar no naufragar entre Escila y Caribdis; advertencias, consejos y razones que nos puede sorprender por su hondura y sensatez, y resultar muy útiles a la hora de navegar por las, con frecuencia, procelosas aguas de la existencia.

MAGNA DEA: LA DONCELLA, LA MUJER Y LA ANCIANA.

“La belleza de la doncella, de un ser que –como usted dice bellamente– “todavía no ha realizado nada”, es maternidad que se presiente y prepara, que tiene miedo y ansía. Y la belleza de la madre es maternidad en servicio, y en la anciana es un gran recuerdo. Y también en el hombre hay maternidad, me parece, corporal y espiritual; su engendrar es también una suerte de parir, y es parir crear desde su íntima plenitud”.³

La *Magna Dea* o Gran Diosa es una figura presente en culturas previas a la griega como fue la mesopotámica. Es a partir de su representación y culto, de la veneración a esta imagen arquetípica de lo femenino, de dónde derivan, en un movimiento de expansión, desglose e individualización, las diferentes figuras de las diosas griegas y, posteriormente, las romanas.

Las encarnaciones más reconocidas de la *Magna Dea* son las llamadas siete diosas olímpicas: Deméter, Perséfone, Vesta, Hera, Artemisa, Atenea y Afrodita a las que hemos añadido a Gea, Rea, las Parcas y Hécate dada la importancia que, consideramos, tienen a la hora entender el desarrollo de las emanaciones de la divinidad femenina a lo largo del tiempo, y con la idea de completar el ciclo de la semilla, cereal y cosecha que ellas encarnan a través de los mitos que protagonizan. Comenzaremos, pues, por el principio, por la Madre Tierra.

GEA/GAIA. Para la cosmogonía griega, en un principio existió el Caos, espacio y tiempo donde los opuestos confluían y luchaban entre sí: lo ancho y lo estrecho, lo profundo y lo alto, la luz y la oscuridad, lo denso y lo ligero, lo seco y lo húmedo, pugnaban en un combate que acabó por mezclarlos.⁴ En esa amalgama amorfa surgió por patogénesis,⁵ Gea, la primera deidad ctónica⁶ femenina griega, encarnación de la *Magna Dea*. Conocida en Roma con el nombre de *Terra*.

Considerada madre de toda la creación, Gea o Gaia es el útero, la *matrix* o matriz, palabra que comparte la misma raíz que “madre” y “materia”. Tiene el poder de hacer crecer a todos los seres vivos, y también el de curarlos; es pues la representación de la madre primigenia, fecunda, bienhechora, la vida misma. Y si bien puede ser tanto maternal como cruel y vengativa cuando se la desafía o se contrarían las leyes de la naturaleza, sin embargo, el deseo fundamental de Gea es dar, generar, producir, ser abundante, generosa, fértil.

³ R. M. RILKE, *Cartas a un joven poeta*, trad. de J. M. Valverde, Alianza, Madrid, 2005, p. 47.

⁴ OVIDIO, *Las metamorfosis*, trad. de F. C. Sainz de Robles, Espasa-Calpe, Madrid, 1986, libro I, pp. 17-18. (Obra original del siglo VIII d. C.).

⁵ HESÍODO, *Teogonía*, Gredos, Madrid, 1978, introducción, traducción y notas de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez, vv. 117-124, p. 76. (Obra original del siglo VIII o VII a. C.).

⁶ O telúrica, relativa a la tierra, a su interior más que a la superficie. Hace referencia a las divinidades o espíritus del inframundo, por oposición a los celestes.

Gea es la encarnación del poder generador de lo femenino, el vínculo entre padre (vejez, muerte) e hijo (renacimiento, juventud), la fuerza transformadora que gesta y alumbra la nueva vida. Es la diosa del universo, de la tierra, de la abundancia, de la sexualidad y la fertilidad. Es el gran útero que crea constantemente, donde todo lo que nace, crece y muere, nutriendo de ese modo a la tierra, que así fructificada puede seguir dando nueva vida. Es por este motivo que Gea aparece asociada al mítico Uróboros, serpiente o dragón que se muerde la cola, en representación del ciclo de nacimiento, muerte y resurrección y de la unión de lo material y espiritual.

De ella resultan en la mitología griega los dioses, los primeros humanos, la tierra, el mar, los ríos, las fuentes, las montañas, los valles, la naturaleza y el universo todo. Gea controla igualmente las fuerzas de la naturaleza: tormentas, tempestades, terremotos, erupciones volcánicas, tsunamis, maremotos... Por sí misma dio nacimiento a Urano (el cielo), a Pontos (el mar) y a los Oreos (las montañas) y de ese modo se inició la genealogía de los dioses y diosas olímpicos.

REA. Entre los descendientes nacidos de la unión de Gaia y su hijo, el dios celeste Urano (pues los dioses grecolatinos no toman en consideración el parentesco a la hora de unirse carnalmente), se encuentra Rea, llamada Cibeles en Roma, figura asimilada a una antigua diosa oriental que ya se conocía y a la que se rendía culto. El nombre de Rea significa flujo menstrual, líquido amniótico, aguas primordiales, pues heredó de su madre Gea/Gaia el ser diosa de la fertilidad, motivo por el que también regula los ciclos femeninos y protege los partos.

Rea será la madre de los dioses del Olimpo, siendo que de la unión con su hermano Cronos nacieron tres grandes diosas: Vesta, Deméter y Hera, y tres poderosos dioses: Poseidón, Hades y Zeus (que acabaría por matar a su padre, al igual que este, Cronos, había hecho con Urano).⁷

A Rea se la suele representar con vestimentas frías, manifestación externa de su poder y majestuosidad, al tiempo que ciñe su cabeza una corona en forma de muralla, que representa su conexión con lo celestial. Guía la diosa un carro tirado por leones, lo que simboliza el poder superior de la Naturaleza, al que se subordinan incluso los animales más poderosos. Sin embargo, su deseo principal no es obtener poder sino, y al igual que su madre Gea, manifestar la vida y protegerla en todas las criaturas.

Sus atributos son la espiga, el cuerno de la abundancia y las llaves que dan acceso a todas las riquezas de la tierra y, en sentido esotérico, al conocimiento de los misterios que permanecen ocultos. Rige sobre la vida animal y tiene dominio sobre las cuevas, cavernas y grutas (trasunto de los órganos reproductivos femeninos), lugares que con frecuencia se convertían en santuarios naturales consagrados a la diosa. Era, por el inmenso poder sobre la vida que se le atribuía, una deidad sumamente respetada y venerada a la que se erigieron numerosos santuarios. Destaca como un hecho significativo el que en sus templos, dispersos por toda Grecia, servían sacerdotes varones castrados que vestían ropas de mujer, con lo que se apuntaba al origen hermafrodita de todos los seres y a la perfección última que supone la unión completa de los aspectos masculinos y femeninos en el alma humana.⁸

⁷ HESÍODO, *Teogonía*, vv.453 y ss., p. 91.

⁸ Idea que resuena en lo que el psicólogo C.J. JUNG (1875-1961) llamaría posteriormente el *animus* y el "ánima" en cada ser humano. El ánima sería el componente femenino en la personalidad del varón, mientras que el animus se refiere a los aspectos masculinos en la personalidad de la mujer.

LAS MOIRAS EN GRECIA, PARCAS O *FATAE* EN ROMA: SEÑORAS DEL DESTINO. Las Moiras son deidades primitivas; tres hermanas asociadas a la vida moral, respetadas por los mismos dioses, cuya genealogía no está firmemente establecida, como tantas veces ocurre en los relatos mitológicos: en la *Teogonía* de Hesíodo se declara que eran hijas engendradas por el dios Érebo (personificación de la oscuridad y las sombras) en Nyx (la Noche);⁹ sin embargo, en otras ocasiones se atribuye su paternidad a Zeus (la Ley, el orden) y Temis (encarnación de las leyes de la naturaleza, justicia). Significativamente, eran también hermanas de las Horas, encargadas de marcar el paso del tiempo.

La etimología de su nombre es reveladora; deriva de la palabra *μοῖρα* (moíra), que se traduciría como “la parte conveniente”, “el lote” o “la porción”, pues para los griegos, desde su nacimiento el ser humano tendría su parte, su porción de felicidad, tristeza, alegrías, dolor, es decir, su *moira*, que es inexorable como el destino ya que ni siquiera los dioses pueden transgredir su ley. Eran Las Moiras, como personificaciones del Destino quienes decidían y fijaban el hado del recién nacido, simbolizan, por tanto, el nacer, vivir y morir. Esto explica que con la mención a La Moira en la *Ilíada* se esté aludiendo a la muerte. En la *Odisea* se menciona, con el mismo sentido, a las *Klothes* o hilanderas, como tejedoras del destino de los hombres.

Se decía que aparecían al tercer día del nacimiento para impartir el lote que le correspondía al neonato. Siglos después, los ecos de esta presencia mítica resonarán en los cuentos feéricos, cuando las hadas madrinas se presentan ante la cuna de la protagonista para concederle dones, bendiciones, maldiciones o castigos.

Junto a esta actividad fundamental de marcar el destino, otra de sus funciones era perseguir y castigar los delitos de dioses y hombres. Según Hesíodo “Nunca cesan las diosas en su terrible cólera antes de aplicar un amargo castigo al que comete delitos”,¹⁰ en este sentido, se asemejan o relacionan con las vengadoras Erinias (también llamadas con el pseudónimo de las Euménides, “las benignas” para con esta antífrasis evitar su ira), que se corresponden con las Furias romanas. En la literatura griega en ocasiones se representa a las Euménides como genios femeninos cuyos cabellos, a semejanza de Medusa, estaban enredados de serpientes. Portan látigos y antorchas con los que ejecutar su venganza contra aquellos que vejaban, atacaban o no mostraban piedad, ya fuese de forma consciente o por ignorancia, a miembros de su propia familia, tal y como le ocurrió a Edipo, causante involuntario de la muerte de su padre y el incesto con su madre, acontecimientos narrados en *Edipo rey*, la tragedia de Sófocles, o también a Orestes, presunto culpable de la muerte de su madre Clitemnestra, tal y como refieren tanto Sófocles como Eurípides en sus respectivas obras, ambas tituladas *Electra* (en alusión a la hermana de Orestes).

Los nombres de las tres Moiras son: Cloto, la hilandera que teje los acontecimientos de la vida mortal, generalmente se la representa vestida de azul claro, como una doncella pura, portando una corona de siete estrellas¹¹ y con una rueca entre sus manos que va desde el cielo a la tierra en la que hila los destinos humanos; Láquesis, la que echa a suertes, la repartidora, representa el carácter fortuito y arbitrario de tales acontecimientos, va vestida de rosa, representando a la mujer madura, devana la hebra en el huso que porta y lo mide con su vara. El hilo simboliza la conexión en cualquiera de los planos, en este caso, la que une el cuerpo con el espíritu del recién nacido, mientras que el huso alude al tiempo alrededor del cual se

⁹ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 212-222, p. 80.

¹⁰ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 221-222, p. 80.

¹¹ Siete es el número más espiritual dentro del conocimiento místico y esotérico, pues representa la completud el alma humana.

traman y entrelazan los acontecimientos de la vida, siendo que tiene también, según Cirlot, “un sentido sexual”¹² de generación y conservación. Y, por último, tenemos a Atropo o Átropos, la anciana, la inevitable, la inexorable, la inflexible e inmutable característica del destino, encargada de cortar el hilo de la vida de cada mortal. En relación con esa tarea, se la suele representar portando unas tijeras, un rollo escrito, una balanza, un reloj de arena, una calavera y un bastón.

Las Moiras, deidades femeninas, vinculan a través del hilo, el nacimiento con la muerte, tal y como hemos visto que es una de las funciones de lo femenino en la mitología grecolatina. Hilar, al igual que cantar, explica Juan Eduardo Cirlot, “resulta una acción equivalente a crear y mantener la vida”.¹³ Por tanto, el deseo de las Parcas no es, como se podría pensar, acabar de forma despiadada con la vida del humano, sino marcar unos límites a esa existencia, para que en esos márgenes, pueda definirse y realizarse su existencia en la tierra.

En Roma existían dos deidades con cometidos parecidos: *Fatum* que se ocupaba del futuro de los hombres, familias y naciones; y *Parca* que ponía por escrito el destino de los humanos. Ambas figuras se sintetizaron asimilando el papel de las Moiras, y tomando el nombre de Nona, Décima y Morta.

En la iconografía Las Moiras aparecen en las imágenes vasculares desde época relativamente temprana. A partir del siglo IV a. C. se las empieza a representar como hilanderas. Cuando estas divinidades griegas fueron romanizadas se les añadieron nuevos elementos emblemáticos, representativos del desempeño de sus funciones, tal y como el rótulo para escribir el destino o el globo celeste para señalar la posición de los astros en el momento del nacimiento. El tema de Las Parcas tendría una gran repercusión iconográfica posterior, siendo representadas en esta faceta de hilanderas, adaptando el tema o enriqueciéndolo dependiendo de las necesidades de cada época o pintor, pero de forma continuada hasta la actualidad.

Es destacable que, similar a la Parca, una figura de mujer con funciones relativas a la vida y la muerte, sobreviviese hasta principios del siglo XX en el caso singular de “La Acabadora”, *l'Assaggadora*, de la región de Cerdeña, en Italia, cuyo origen se remontaría a las culturas prerromanas. No era bruja, ni enfermera ni religiosa, sino una mujer del pueblo que, en ocasiones precisas, actuaba también de matrona.

En caso de necesidad última de sus servicios, vestida de negro de los pies a la cabeza y provista de un pequeño martillo, la acabadora entraba en la casa con la connivencia de la familia (cuyos miembros se retiraban a una habitación) con el fin de llevar a cabo su tarea, tosca pero eficaz y misericordiosa; una forma de eutanasia primitiva que consistía en acabar de forma rápida y silenciosa con la vida de aquellos enfermos sin esperanza alguna de cura a los que les aguardaba una agonía de inacabables sufrimientos.

La Acabadora y su tarea, considerada de carácter sagrado, contaban con la aprobación de la comunidad, que respetaba profundamente a esta mujer, e incluso le proporcionaba los medios de subsistencia en un mundo rural y empobrecido.

HESTIA/VESTA. Primera hija de Cronos y Rea, hermana de los olímpicos Deméter, Hera, Zeus, Poseidón y Hades. Hestia, o Histia, llamada Vesta en Roma,¹⁴ por ser la primogénita fue elegida para ser la diosa guardiana de la casa y conservadora del fuego del hogar, dado

¹² J. E. CIRLOT, *Diccionario de símbolos*, Siruela, Madrid, 2011, p. 394.

¹³ J. E. CIRLOT, *Diccionario de símbolos*, p. 248.

¹⁴ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 453-459, p. 91.

que este elemento se consideraba sagrado, tanto en Grecia como en Roma, ya que proporciona calidez, estabilidad y seguridad a la vida familiar. Hestia actúa pues como la hija mayor, la que tiende a imitar a la madre y heredar o aprender su disposición a proteger y cuidar de sus hermanos, padre y ancianos de la casa.

Tanto en Grecia como posteriormente en Roma, la familia se reconocía como la organización inicial de donde surge y se desarrolla la vida del hombre y, por tanto, institución clave para el surgimiento y pervivencia de una comunidad superior como es el pueblo, la ciudad-Estado o *polis*, la nación y en último término el Estado. En Grecia se llamaba *oikos* a la unidad formada por la familia, tanto nuclear como extensa, los sirvientes, los bienes, los animales y el terreno que ocupaban; era una unidad productiva independiente, anterior a las ciudades-Estado o *polis*, dedicada a la explotación agropecuaria y garante de la supervivencia del individuo y del grupo dentro de su seno. Por tanto, la casa como lugar y como conjunto de relaciones afectivas, sociales, económicas y culturales es el espacio en el que se aúna el mundo interior del ser humano y el exterior; y en el mundo antiguo, al menos, se consideraba que si no existe hogar no es posible la existencia de una comunidad organizada, cómoda, acogedora.

Si recurrimos a la etimología para mejor entender el significado de los términos, encontramos que en latín la palabra *focus*, “fuego”, punto central de la casa alrededor del cual se reunía la familia, por necesidades físicas de calor y luz y también por sentir la compañía de los parientes y allegados. Este vocablo dará luego las formas ‘hogar’ en castellano, en gallego *lar* y *fogar*, para casa, hogar, familia y *lareira* para el lugar donde se hace el fuego; mientras el catalán emplea *llar*, *fogar* o *fogal*, respectivamente.

Íntimamente relacionada con la casa, no era Hestia una deidad imperiosa; al contrario, la naturaleza modesta, tranquila y doméstica de la diosa evitaba el conflicto, tan común entre el resto de habitantes del Olimpo. Por otra parte, nunca aceptó casarse y tampoco atendió a los requerimientos amorosos de Poseidón, Apolo o Príapo, permaneciendo siempre virgen, simbolizando así el don de la pureza, para entregarse sin estorbos a su cometido de ser la protectora de la vida familiar, guía espiritual de los miembros del hogar, conservadora del calor y la unidad de la familia. De ahí que dada su naturaleza armoniosa y pacífica, Zeus le concediese el privilegio de vivir siempre en el Olimpo, conservando el fuego para los dioses y diosas, que paraban poco en casa porque se pasaban el tiempo yendo y viniendo, enredados en mil aventuras y líos amorosos, no solo entre ellos sino también con los humanos.

Sin embargo, no tiene esta diosa connotaciones de resignada o resentida; por el contrario, era feliz consagrándose a su, aparentemente, humilde tarea. Aparente sí, ya que siendo la vivienda el espacio donde se recomponen las fuerzas corporales y emocionales de las familias y proporciona a las personas que la habitan los medios para reponerse en todos los sentidos, queda claro que la función que desempeñaba Hestia es fundamental y sagrada, ayer, hoy, y seguramente siempre. Y esto es así porque además del hogar físico, la casa representa también nuestro espacio interior, un lugar donde el alma puede habitar; por lo tanto, mirar hacia ese lugar, prestarle atención, cuidarlo con el debido esmero, repercutirá directamente en el bienestar físico, psicológico, emocional y espiritual de las personas.

Hestia no protagonizó dramas, no generó conflictos, no se distraía con el tipo de peripecias y aventuras que gustaban al resto de sus caprichosas hermanas diosas; su abnegada misión ocupaba por completo su tiempo y sus cuidados. Si se presta suficiente atención, se aprenden muchas cosas de la modestia y dedicación de esta diosa doncella, encarnación del más genuino espíritu de la vida doméstica, nutricia de todos los habitantes de la casa y por tanto merecedora del mayor de los respetos.

Hestia no da lecciones ni a los dioses ni a los humanos, no les advierte, tampoco critica sus acciones ni las castiga; su único deseo, manifiesto en su función, es servirles en el ámbito más íntimo de la vida, ya que con ese acto fundamental para la conservación de la vida, muestra la profundidad de su conocimiento. Ese es el aspecto benévolo, protector y sabio de la *Magna Dea* que esta diosa personifica.

A ella se consagraban la lavanda, las rosas, los *lisiantus*, el amaranto, el asno (que trabaja para el mantenimiento del hogar), los perros, el cerdo, y en general los animales domésticos. Hoy en día no es frecuente encontrar representaciones de esta diosa en el Arte moderno, mientras que en la Antigüedad clásica sí se le dedicaron estatuas muy acabadas: se la solía representar sentada o de pie, y siempre enteramente vestida y velada con modestia, portando cáliz, cetro y antorcha, que simbolizan las emociones amorosas sabiamente contenidas, la alegría y el bienestar, el poder, el calor, la purificación y el conocimiento de las leyes ocultas y espirituales que rigen el mundo.

Por la grandeza de su misión y su entrega a la misma, era sumamente reverenciada. En Roma se le dedicaban templos en los que servían las jóvenes vírgenes sacerdotisas llamadas vestales, aunque, en realidad, todo hogar era su templo y su altar. Las vestales eran jóvenes doncellas elegida entre las hijas de las familias patricias a una edad muy temprana. Aún púberes, debían dedicarse al servicio de la diosa durante 30 años, en los que permanecían vírgenes. Residían en la Casa de las Vestales, complejo situado en el foro romano que constaba del Templo de la diosa, un palacio donde residían las sacerdotisas, atrio y piscina.

Estas doncellas mantenían encendido el fuego sagrado de Roma; por su alta misión se las consideraba casi como diosas y llevaban el título de hijas del Estado y hermanas de todos los ciudadanos, por lo que eran tratadas con gran consideración y respeto. De hecho disfrutaban de unos derechos que ninguna mujer en Roma tenía: podían recibir y hacer testamento, actuar de testigos en los juicios sin necesidad de aportar más prueba que su palabra, decidir la suerte de los gladiadores; en el teatro se sentaban al lado del emperador y se las tenía en tan alta estima que los más altos mandatarios del Imperio les cedían el paso e incluso el carácter sacro de su misión se manifestaba en el hecho de que el encuentro fortuito con una de ellas en la vía pública liberaba al prisionero que en ese momento era trasladado para su ejecución en el cadalso.

Dado que sus obligaciones para con el Estado se consideraban sagradas, por ningún motivo las podían descuidar; si en alguna ocasión, estando al cargo de cualquiera de ellas, se llegaba a apagar el fuego del templo, cosa que se tenía por muy mal augurio para la ciudad, la infortunada era severamente castigada por su falta, al tiempo que se procedía a prender de nuevo las llamas a la mayor brevedad, con el fin de evitar males mayores. Y si por un acaso la vestal llegaba a faltar a su promesa de virginidad, el castigo era terrible: enterrada viva en una tumba hasta su muerte, pues por su condición de sacerdotisas de Vesta, ningún mortal podía ponerles la mano encima, mucho menos matarlas, sin atraerse un destino espantoso, mientras que su cómplice en el delito, carente de condición divina, era flagelado hasta la muerte. Finalmente, fue el emperador Teodosio, en el 394 d. C, quien disolvió el *Collegium Vestae* para adaptar las costumbres a la nueva religión, el cristianismo.

DEMÉTER Y CORÉ. Deméter, conocida como Ceres en Roma, es una diosa nieta de Gea y Urano, hija de Cronos (El Tiempo) y Rea; y por tanto hermana de las diosas Hera (la romana Juno) y Hestia (Vesta en Roma) y de los dioses Zeus (Júpiter), dios del

Olimpo, Poseidón (Neptuno), dios de los océanos y Hades (Plutón) dios del inframundo.¹⁵

Su nombre significa en griego “Tierra Madre”, título que la señala como heredera de su madre Rea y su abuela Gea en su misión generadora y protectora de la vida. Deméter es la divinidad de la agricultura; protege las cosechas y el crecimiento de la vegetación y es, por tanto, diosa de la fertilidad de la tierra. De aspecto maternal y protector, en el arte antiguo se la representa entera y castamente vestida y, en ocasiones, cubierta con un velo negro, que simboliza la pérdida de su hija Coré. El periplo inicial de Deméter en busca de su hija desaparecida es descrito en el segundo de los *Himnos homéricos*, titulado *Himno homérico a Deméter*, comúnmente considerado de la segunda mitad del siglo VII a.C. La versión literaria del mito que se narra fue trascendental en el desarrollo de los ritos practicados en el santuario de Eleusis, en la Ática griega, santuario dedicado a Deméter y su hija Perséfone para conmemorar el reencuentro de madre e hija y celebrar los misterios de la vida, muerte y resurrección.

Los símbolos que significan a la diosa del cereal son la adormidera, para mitigar el dolor que la desaparición de su hija le había provocado; las espigas de trigo, el alimento por antonomasia en todo el mediterráneo de la época; el narciso y las amapolas, que Coré contemplaba y recogía antes de su desaparición; un cesto de frutas y un lechón, encarnación de la fecundidad y exuberancia; o amamantando a dos niños que cargan un cuerno de la abundancia; a veces también lleva un cetro y una hoz, significando la agricultura y el poder sobre la naturaleza. En otras ocasiones, se la representa empuñando una antorcha, símbolo de luz, claridad y discernimiento, y acompañada de una serpiente, apuntando con ello al hecho de ser la diosa portadora del conocimiento de los misterios ocultos. Por tanto, a su aspecto de protectora de la fertilidad y generadora de vida que comparte con su abuela Gea y su progenitora Rea, se añade también un aspecto místico de participación en los misterios de la vida y la muerte, conocimiento suscitado por la pérdida de su hija y el inmenso dolor que esto le produjo, así como su incansable búsqueda de Coré y el deseo de saber qué había ocurrido con la joven.

Coré o Koré es hija de Deméter y de su hermano Zeus. Su nombre en griego significa “doncella”. Su naturaleza e historia representan el mito de la primavera. Sin embargo, en un plano humano también habla de las complejas relaciones que se dan entre madre e hija cuando esta última crece y pasa a ser mujer. En este sentido, la historia de Deméter y Coré está cargada de afecto, dolor por la pérdida, búsqueda de la identidad en la joven y deseo de conservación de la niña por parte de la madre. Es por ello, que, a diferencia de los mitos relacionados con las diosas anteriores, aquí nos encontramos por vez primera ante un conflicto relacional muy humano en el que toda mujer se verá reconocida o, al menos, en alguna parte de la historia encontrará ecos de los aspectos maternos y filiales que se dieron en su propia relación, tanto con su progenitora como con su hija, si llega a tenerla.

Siendo Coré una joven virginal de floreciente belleza, atraía a numerosos pretendientes, a los que su madre rechazaba uno tras otro. Un día que paseaba por un campo de trigo rebosante de amapolas, sin la compañía protectora de la madre, al tiempo que la joven recogía la flor de un narciso, se abrió una enorme grieta en la tierra y de sus entrañas surgió Hades, dios del inframundo, montado en su carro tirado por caballos negros.

¹⁵ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 453-459, p. 91.

Hades, enamorado de su joven sobrina desde hacía tiempo, pero a quien Zeus no le había dado permiso para desposarla, la raptó sin miramiento alguno. Deméter, inquieta por la tardanza de su hija, la buscó en el lugar donde la había dejado; pero al no encontrarla cayó en un estado de gran desesperación y emprendió su búsqueda por toda la superficie de la tierra, sin hallar rastro alguno de la joven. Y a pesar de ser una diosa e implorar ayuda, nadie, ni siquiera Zeus, ni Helios, el Sol que todo lo ve, la ayudaron, por temor a enfrentarse al oscuro Hades. Únicamente la vieja diosa Hécate, señora de las encrucijadas, reina de las magas, conocedora de lo ocurrido gracias a su capacidad para ver lo oculto tras la apariencia, solo ella la acompañó en sus indagaciones.

Por fin, encontraron a unos pastores que habían sido testigos del rapto y que las pusieron al tanto de lo que habían visto: un carro alado tirado por caballos negros había surgido del interior de la tierra y la oscura figura que lo conducía se había llevado a la joven por la fuerza.

Loca de dolor y de ira, Deméter comprendió quién había sido el raptor y adónde se había llevado a la joven, de modo que se dirigió sin tardanza a pedirle a Zeus que ordenase a su hermano la inmediata devolución de su hija, petición a la que Zeus se negó. Ante esta negativa, Deméter, enfurecida y desolada, se replegó sobre sí misma y se negó a dejar que creciese ni una brizna de hierba en la tierra, con lo que la hambruna se extendió rápido entre animales y hombres, poniendo en peligro la existencia misma de la vida sobre la tierra. Alarmado ante esta funesta situación, el olímpico Zeus habló con su hermano del submundo con el propósito de negociar con él el regreso de Coré. Hades se negó a devolver a la muchacha, con lo que solo aumentó todavía más la furia y tristeza de la madre: la vegetación se secó, la agricultura desapareció y con ello se extendió la muerte por toda la tierra, pues se entiende que la vida de animales y hombres depende del reino vegetal para su supervivencia.

El jefe de los dioses comprendió que aquello iba muy en serio y que, si no se arreglaba la vuelta de Coré, el mundo estaba perdido. Así es que convocó de nuevo a su infernal hermano y le conminó a entregar la muchacha a su madre de forma inmediata. A Hades no le quedaba más remedio que obedecer las órdenes del jefe olímpico y, aunque a regañadientes y conminado por la superior autoridad de Zeus, terminó por acceder a lo que se le pedía. Sin embargo, antes de dejar marchar a Coré, le rogó muy sibilinaamente:

—Acepta este pequeño alimento como recuerdo de tu estancia entre nosotros.
Y, diciendo esto, le puso tres (o siete, según versiones) granos de granada en la boca.

De este modo, la joven regresó con su madre quien la recibió loca de contento para inmediatamente preguntarle, llena de ansiedad, si acaso había comido algo durante su estancia en el reino de los muertos, pues sabía de una férrea ley que regía en el inframundo. No, la muchacha se había negado a tomar alimento alguno, bueno “solo tres granos de granada”, siete granos de la fruta en algunas versiones, pues siete es el número que representa al alma individual, mientras que tres alude al proceso de “ir, permanecer y regresar” o también “sembrar, crecer y recoger”.

Ahora bien, el comer, y más una granada, no carecía de importancia, muy al contrario, era un hecho muy significativo y revelador de lo que en el Hades había ocurrido con Coré, la doncella. Por una parte, era costumbre griega que la recién desposada accediese a comer en casa de la familia del marido y con ello aceptase el tránsito a su nueva vida de mujer casada. Por otra parte, en un juego de asociaciones en el imaginario griego, la granada era considerada una fruta que había brotado de la sangre de Dionisos, estaba pues relacionada con la vida, la fecundidad, el vino, la

embriaguez de los sentidos y la sexualidad, pero, también por su color, conectada con la sangre, el derramamiento de sangre al comerla y, por tanto, la muerte. Dada su forma y estructura interna, esta fruta aparece como símbolo de la riqueza, abundancia, unidad y completud del universo, un espacio donde lo múltiple y diverso se acopla en una unidad, erigiéndose en símbolo no solo de la muerte, sino de la fecundidad futura. Por tanto, al referir que Coré había comido los granos de la granada, se da a entender que la joven había celebrado su matrimonio con Hades, y por tanto conocido los misterios de la sexualidad y la muerte en su estancia en el Tártaro y que ese conocimiento la había transformado de doncella en mujer con capacidad generadora.

Como confirmación de esta metamorfosis, la muchacha había cambiado su antiguo nombre de Coré, doncella, por el de Perséfone, que vendría a significar “la que lleva la semilla” o, como se acostumbra a decir tradicionalmente, Perséfone es “la portadora de la destrucción” aludiendo con ello a la transformación experimentada, que supone la muerte en un estado para renacer a otro.¹⁶

¡Ay, tan solo unos granos de la fruta del granado! ¡Lo suficiente para destruir la alegría de su madre! Ya que estaba dicho que aquél que tomase alimento en el reino de los muertos, necesariamente debería regresar a él. ¡Qué astuto, Hades! La diosa de las cosechas, sintiéndose burlada, se negó a aceptar esta condición:

—Antes destruiré la Tierra que devolver a mi hija al Hades —exclamó encendida en cólera—.



Proserpina, Dante Gabriel Rossetti, 1874, Tate Britain, Londres, (Reino Unido)

¿Y quién se lo podría reprochar? Toda madre sabe que es duro renunciar a la hija cuando la niña crece y emprende un camino de individuación que la separa de su genitora. Coré es a Deméter lo que la semilla a la espiga, las flores al árbol, las crías a sus progenitores: el fruto por venir y que asegura el futuro sobre la Tierra. Pero, como

¹⁶ E. A. ROBERTS Y B. PASTOR, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, pp. 19, 128-129, 149.

Coré, la semilla debe alguna vez separarse de la espiga que le dio la vida para enterrarse en la oscuridad de la tierra húmeda y allí, dado su potencial generador, germinar en una nueva vida. Y, sin duda, ese proceso de separación es doloroso para ambas partes: atrás queda la infancia de las hijas, la juventud de las madres. Pero, a semejanza de lo que ocurre en la granada, cada semilla debe unirse al resto de semillas en un lugar oscuro y cerrado, protegido del exterior —como en el útero femenino— para dar sus frutos, al igual que todo en el cosmos participa de una existencia común. Hades es el portador de la fuerza erótica que arranca a la joven de su estado infantil, separándola de la protección materna y despertando su sexualidad, a través de la cual pasará a la fase de mujer adulta; paso no siempre fácil de dar, pero imprescindible para el tránsito hacia el mundo adulto y, por tanto, hacia el proceso generador sobre el que se sustenta la vida.

De nuevo fue Zeus, el jefe olímpico, requerido para que mediase en el conflicto: por una parte, la vida sobre la tierra corría peligro de desaparición, pero, por otra, era imposible soslayar las misteriosas leyes del submundo, así es que finalmente, para que el orden retornase y la ley se cumpliera, se acordó con el rey de los muertos que la joven pasaría tres meses con él en su reino subterráneo y nueve meses con su madre en la Tierra. Fue así como se llegó a un acuerdo, no por completo satisfactorio para las partes, pero que al menos suponía un acomodo: Coré pasaría seis meses con su madre viviendo en la superficie de la tierra y seis meses en el inframundo, como esposa de Hades (en algunos casos se dice que el tiempo de estancia se repartió entre tres meses con la madre y nueve meses en el Hades). Es por ello que durante el tiempo que la joven permanece en el Tártaro, como la semilla bajo tierra, su madre se entristece y con ella la vegetación se agosta; cuando la joven regresa a la superficie de la tierra, como planta que crece, el júbilo de Deméter hace que vuelva la primavera y con ella el renacer de la naturaleza: las flores, la vegetación, los frutos y las cosechas.

A consecuencia de estos acontecimientos, la antaño niña inocente Coré, tras su paso por el oscuro inframundo, conocedora ya de su oscuridad y sus misterios de vida, muerte y regeneración, se convertirá en una diosa, en ocasiones temible, y se la conocerá como Perséfone, Proserpina en Roma, que significa “la que lleva la muerte”, tal y como una semilla que cae a tierra porta en sí la vida, la muerte y la regeneración. Y fue en este momento donde intervino nuevamente la anciana Hécate para ofrecerse como valedora de este acuerdo y cuidadora de la joven —es de resaltar que, con el tiempo, la antigua doncella, una vez convertida en reina del Hades, llegó a preferir la compañía de su anciana y sabia mentora antes que la de su esposo—.

El periplo inicial de Deméter en busca de su hija desaparecida es descrito en el *Himno Homérico a Deméter*, del siglo VII a.C.; himno que fue trascendental en el desarrollo de los ritos practicados en el santuario de Eleusis, en la Ática griega, en la costa cercana a Atenas, lugar en el que apareció la joven tras su rapto. En los rituales que se practicaban se recreaban los misterios de la vida, la muerte y el renacimiento a una nueva vida, simbolizados por el mito de Deméter y Perséfone. Con el tiempo se convirtió en uno de los santuarios más visitados de Grecia y a celebrar los misterios eleusinos acudían hombres y mujeres, personas de todas las clases sociales, incluso esclavos. Los únicos requisitos que se solicitaban eran ser mayor de edad, hablar griego y haber realizado previamente ciertos ritos de purificación en Atenas.

Como conclusión, se debe señalar que, en un plano humano, Coré transita de su papel como niña dependiente al de mujer adulta emancipada; en un plano metafísico, pasa de Coré, “doncella” a Perséfone, “portadora de destrucción” o Proserpina, “la que lleva en su interior la sierpe o serpiente” que representa los ciclos eternos de nacimiento, muerte y renacimiento. La semilla porta en su interior tanto la destrucción que la aniquilará como el potencial de fructificar; la vida lleva en sí el

aparente desorden de la muerte, pues ha de pudrirse en la tierra para que de ella salga la vida que encierra, y también el orden de la nueva existencia. En conclusión: la vieja Parca Átropos habita ya en el germen, en la doncella; sin embargo, no trae solo la muerte como final definitivo, sino también la descomposición y purificación que la muerte produce en la materia, para que de ella surja una nueva creación; precisamente eso es lo que se celebraba en los misterios sagrados de Eleusis.

ARTEMISA O DIANA CAZADORA. Hija de Zeus y de la ninfa Leto, la lunar Artemisa es hermana gemela del dios solar Apolo.¹⁷ Su madre, Leto o Latona, hija de los titanes Ceo y Febe, encontrándose embarazada de Zeus y huyendo de las iras de la celosa Hera, se refugió en la isla de Ortigia, desde entonces llamada Delos “la brillante”, donde alumbró a sus hijos gemelos. Primero a Artemisa, que nació sin ayuda alguna y que acto seguido asistió en el nacimiento de su hermano, motivo por el que es considerada protectora de los partos. Posteriormente, en Roma Artemisa será asimilada a la antigua diosa itálica Diana, de quien tomará el nombre.

Diosa orgullosa y arisca, sombría y vindicativa, hermosa e indómita, protectora y despiadada; su reino es la naturaleza virgen y salvaje. Nada más nacer pidió a su padre que le permitiese permanecer virgen y le concediese territorios en las montañas, alejados de la civilización, arco, flechas, animales de compañía y un grupo de ninfas que le hiciesen compañía. Su mayor deseo es permanecer independiente y sin ataduras amorosas, por lo que protege la castidad de los jóvenes y de las doncellas, a quienes intenta apartar de la influencia de Afrodita/Venus, deidad que constituye su figura antitética. De ahí que Artemisa sea la protectora tradicional de las amazonas y de aquellos que desean permanecer castos.

Bella y ágil, “la dama de las fieras” gusta de recorrer los bosques y selvas de la Arcadia, las cumbres y cimas de los montes Táigeto y Erimanto, persiguiendo a las presas que asaetea con sus flechas, siempre ejemplares adultos, nunca crías, a las cuales protege con sumo celo. Fuertemente vinculada con los elementos tierra y agua, Artemisa, que no es amiga de ornamentos que estorben, va vestida con túnica corta y ligera, acarrea un carcaj con flechas y un arco, símbolo de la luna creciente, astro al que está vinculada como diosa de la noche y que aparece igualmente en la diadema que adorna su cabeza en muchas representaciones iconográficas.

El arco tenso, la flecha disparada, el arco destensado: imagen dinámica de la fuerza vital, la lucha, la voluntad y la afirmación personal en el mundo material junto a la elevación espiritual. Además de servir para la caza, las flechas de la diosa están envenenadas, lo que la vincula a la serpiente, la medicina y la muerte. De hecho, y al igual que su gemelo, Apolo, tiene poderes sobre la vida y la muerte, pues, aparte de ser cazadora, conoce las virtudes de las plantas medicinales, de ahí que una planta muy reputada por sus propiedades curativas lleve el nombre de Artemisa. Igualmente suele ir armada con una lanza, imagen simbólica que incide en la penetración agresiva en la materia y en el espíritu. Por otra parte, en su manifestación más iniciática y misteriosa, se la representa llevando una antorcha, símbolo a la vez de la luz, el fuego de la vida y la curación que la diosa concede a las mujeres que la invocan.

Artemisa, protectora y temible a la vez, facetas propias de la *Magna Dea*, elige como compañeros en sus correrías por la naturaleza a animales salvajes: el jabalí, representante del arrojo irracional, la impetuosa intrepidez, también del desenfreno y la brutalidad; el ciervo, hermoso, ágil, arrogante, escurridizo, en su búsqueda de la libertad y pureza en las altas montañas; el oso, fuerza elemental, salvaje y temible,

¹⁷ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 919-921, p. 110.

hiberna en una cueva, útero terrestre, que es oscuridad, negrura primitiva; el perro sabueso, agresivo, rabioso, desbordante de vitalidad, emparentado con el can Cerbero, guardián del mundo subterráneo pues cierra el paso al Hades, reino de los muertos situado en los abismos de la Tierra, y con los dos perros blancos con orejas rojas que guardan los infiernos en la mitología celta.

Por tanto, las características de esta deidad son la fuerza del instinto, la vinculación con la parte natural, salvaje, la visión clara no turbada por las pasiones, una voluntad fieramente independiente, coraje frente al adversario, valor en la acción, la concentración en el objetivo: sostener el arco tenso y la flecha apuntando en la dirección deseada. Pero como mucho de lo bueno puede ser malo, estos regalos usados en demasía fácilmente conducen a las reacciones bruscas y brutales, al desprecio del otro, incluso de su vida, y al comportamiento vengativo y asocial.

Para descansar de sus correrías y solazarse, Artemisa acostumbra a tomar baños con las ninfas en los ríos, fuentes y lagos, rodeada de ciervas, conejos y leoncillos cuya libertad protege. Lo femenino está muy relacionado con el elemento agua, tanto en sentido literal como simbólico: el flujo menstrual, el líquido amniótico, la sangre que se derrama en el parto, la leche materna. De ahí que, relacionadas con esta diosa y semejantes a ella por su conexión con la naturaleza, lo acuático y lo instintivo se encuentran otras deidades menores: las ninfas de los ríos; las náyades, ninfas de fuentes y lagos, las sirenas del mar, las nereidas oceánicas y otros seres femeninos de naturaleza similar, generalmente vinculada su presencia a un lugar natural: fuentes, manantiales, ríos, forestas, montes... Todas ellas son seres de naturaleza fluida, ligera, poseedoras de sugerente belleza y una gran capacidad de seducción. En ocasiones, como las aguas, se muestran peligrosas para los humanos, sobre todo suelen manifestarse amenazadoras hacia los varones, pues aparte de burlarse de ellos cuando ciegamente las persiguen con ánimo libidinoso, son capaces incluso de arrastrarlos a su perdición de diferentes maneras, como bien sabía Ulises. No obstante, en otras ocasiones se muestran compasivas y ayudan a los perdidos en el bosque, igual que a navegantes y naufragos, pues los aspectos protectores y nutricios junto a los destructivos son característicos de las emanaciones de la *Magna Dea*.

Como deidad protectora de la castidad, es protagonista de varias leyendas relacionadas con el amor y la sexualidad. Y es que, por no querer amar a ningún mortal o dios, incluso se muestra feroz con aquellos que se atreven tan siquiera a desearla: en una ocasión en que se vio perseguida por el dios fluvial Alfeo, la diosa se burló de él haciendo que todas sus ninfas, junto con ella, se tiñeran la cara con lodo blanco, confundiendo de esta forma al dios, que no podía distinguirla. Mucho más cruelmente aún se portó con el joven cazador Acteón: a este, como castigo por haberla contemplado mientras se bañaba despojada de su túnica, para que nunca pudiese jactarse de haber visto el cuerpo desnudo de la diosa, lo convirtió en ciervo y azuzó a los propios sabuesos del joven para le diesen caza y lo despedazasen. Un castigo terrible que advierte a aquellos que se dejen arrastrar por sus deseos carnales incontrolados, con lo que pueden toparse fácilmente con la destrucción. Tampoco dudó en matar a Orión, el gigantesco cazador que solía acompañarla, unos dicen que debido a los celos y la rivalidad que el amor de Aurora hacia Orión le producía, otros, en cambio, porque el gigante rivalizaba con ella en la caza.

De la misma forma brutal, en una ocasión en que su padre Zeus sedujo a una de las ninfas que formaban su corte, de nombre Calisto, transformó a la joven en osa y la abatió con sus flechas. Si bien se comenta, tal vez para suavizar la rudeza del castigo, que el dios olímpico se apiadó de la ninfa y tras su muerte la colocó en el cielo como una constelación: la Osa Mayor.

Un caso bien triste fue el de Hipólito, uno de sus más fieles seguidores, quien pagó con su vida esa lealtad a la diosa virgen, tal y como recogió Eurípides en su conocida tragedia que lleva por título el nombre del joven y desafortunado príncipe. Hipólito, hijo de Teseo y una amazona, era gran amante de la vida al aire libre y la caza; veneraba a Artemisa y detestaba a Afrodita. Como castigo la diosa del amor hizo que su madrastra, Fedra, se enamorase perdidamente de él. Viéndose rechazada por el casto joven, y para salvar su honor, se suicidó. Como venganza por su muerte, la nodriza de Fedra, que había informado a Hipólito del amor de ésta, para librarse de la culpa hizo aparecer una tablilla en la que se acusaba al joven príncipe de haber intentado violar a su madrastra. El padre de Hipólito, loco de furia, pidió ayuda a Poseidón para vengarse de su hijo y el dios de los océanos apareció de súbito cuando el joven huía en su carro, tirado por cuatro caballos, asustando a los caballos que se desbocaron, Hipólito se enredó en sus riendas y, como consecuencia, murió a causa de la caída que sufrió.

Sin embargo, a pesar de su misma naturaleza, en alguna ocasión fue la diosa tocada por las flechas de Cupido. Es el caso de Endimión, un pastor dotado de una gran belleza. Inspiró este joven el casto y tierno amor de Artemisa, que cada noche venía a contemplarlo mientras dormía. Zeus accedió a los ruegos de su hija de mantenerlo eternamente dormido y la diosa lo trasladó entonces a un lugar oculto, donde pudieran disfrutar de su amor bajo la luz de la luna, protegidos por la noche y la vegetación y en la mayor de las intimidades.

Pero, a pesar de esos momentos de ternura con hombres y animales, Artemisa definitivamente posee un aspecto temible que no se puede ignorar, y puede mostrar una crueldad despiadada cuando se siente contrariada. Lo demostró bien cuando se vengó de Níobe, la reina que había presumido de ser mejor que Leto, la madre de la diosa. Llevó entonces a cabo la terrible venganza con ayuda de su hermano Apolo, quien con sus flechas dio muerte a los siete hijos de Níobe, mientras su hermana terminaba con la vida de las siete hijas de la desdichada mujer, convertida finalmente en roca de la que surgen constantemente lágrimas.

En el mismo modo vengativo, reclama la muerte de Ifigenia, para vengar la afrenta de Agamenón durante el transcurso del viaje de este a la guerra de Troya. Cuenta la historia que Agamenón, tras cazar un ciervo en una arboleda sagrada, se había jactado de ser mejor cazador que Diana. Ofendida en su honor, y como castigo al temerario, la diosa cazadora detiene el viento e impide así la navegación de sus barcos. Como acto de desagravio a la diosa, el oráculo le reveló que Agamenón había de sacrificar a su joven hija sobre la hoguera. Sin embargo, hay quien dice que la diosa, esta vez apiadada por la juventud de la víctima sacrificial, y como protectora que era de las crías de todas las especies, la sustituye por una cierva y transporta a la doncella por los aires para hacerla su sacerdotisa en uno de sus lejanos y escondidos templos en medio de la naturaleza.

Y es que, a Artemisa, como en el caso de otras diosas vírgenes, los sentimientos amorosos y sexuales contenidos le proporcionaban una enorme fuerza instintiva, que si bien suponía una ayuda y acicate en sus tareas de caza, no siempre era de signo positivo en sus relaciones con dioses y humanos. En realidad, ¿acaso no se podría apreciar un aspecto un poco salvaje en el interior de la más dulce de las muchachas? ¿No asoma en ocasiones una agresividad inesperada en su comportamiento por lo demás afable? ¿Una inesperada palabra cruel en su boca cuando por lo general sus maneras son cariñosas y afables?

En resumidas cuentas, Artemisa es una diosa singular: comadróna y cazadora, su juventud, agilidad y gracia son atributos de la doncella, pero su relación con la obstetricia y su protección de la crianza, también por su capacidad de curar y la de dar

muerte, la vinculan igualmente con la sabiduría de la anciana. En ella se cierra el círculo místico y sagrado de la vida: nacimiento y muerte. Sangre, fecundidad, luna, leche, noche, luz, nacimiento, eso es Artemisa, protectora de los misterios de la mujer, encarnación de la luz brillante, fría y lunar y ying de la noche, representante de la trilogía tierra-agua-luna y de lo femenino en potencia, pero aún indiferenciado y sin relación con el otro.

PALAS ATENEA/MINERVA. Tras el impulso salvaje e instintivo de Artemisa, nos encontramos a continuación con la fuerza civilizadora que representa Palas Atenea, “la de los ojos de lechuza” o “la de los ojos glaucos”. Nació la diosa, completamente armada con yelmo y escudo, de la cabeza de su padre Zeus, el hacedor universal, quien previamente se había tragado a su madre, Metis, ninfa marina; una de las cincuenta nereidas hijas del antiguo dios marino Nereo y la oceánide Doris, y nieta de la titánide Tetis, para evitar el cumplimiento de un oráculo adverso. Metis es la personificación de la prudencia y la sabiduría. La gestación de Atenea, por tanto, se desarrolló y concluyó en la cabeza de su padre, “para que la diosa le avisase siempre de lo bueno y de lo malo”.¹⁸ Con tal principio, es lógico que siendo una diosa más intelectual que carnal, se encontrase Atenea muy alejada de las emociones, instintos y pasiones que agitaban a la mayoría de sus hermanas. Su capacidad de equilibrar los sentimientos y la razón le proporcionaban una fuerza interior que la capacitaba para enfrentarse templada y estratégicamente a circunstancias difíciles, retos y desafíos de la existencia.

Palas Atenea es una deidad compleja, de múltiples facetas y dotada con numerosos y extraordinarios atributos: es la diosa de las artes, del conocimiento, patrona de las bellas artes y los oficios artísticos. Símbolo de la inteligencia, la sabiduría, el ingenio y las habilidades prácticas y técnicas; preside tanto los aspectos morales como intelectuales de la vida humana. Era protectora de doncellas, héroes y matrimonios castos; odiaba el romance y no quería casarse. Se dice que fue esta “diosa de los ojos glaucos”, la que inspiró a Prometeo la idea de robar el fuego de los dioses y regalárselo a los humanos; hazaña esta que tuvo inmensas consecuencias al poner en manos de los mortales la chispa divina del conocimiento.

Atenea representa el arte de la civilización; domina todo tipo de destrezas necesarias para la vida cotidiana, así como la industria, la justicia y la guerra. Se le atribuye la invención del olivo y el arado, y se consideraba que presidía la agricultura. Cuentan los anales que en una ocasión, Atenea y Poseidón se disputaron ante Zeus el patronazgo de una polis griega. Poseidón, como regalo, crea un lago salado en medio de la ciudad; por su parte, Atenea les concede el olivo, cuya hoja nunca cae, para alimentar a sus ciudadanos. Como resultado, la elección recayó en Atenea, que fue nombrada patrona de Atenas.

Inventora de instrumentos musicales, de la silla de montar, las vasijas, el carro y la nave. Patrona de las artes de la cocina, las hilaturas y telares. Era una gran consejera de gobernantes y héroes y reinaba sobre la justicia. Era, al mismo tiempo, astuta e invencible en la guerra, a la que solo se lanzaba si antes habían fracasado los métodos pacíficos y justos de zanjar las disputas. Su carácter frío le permitía ser una estrategia sin igual cuya inteligencia superaba a la de cualquier héroe o general de los ejércitos, por lo que era invocada por los guerreros antes de entrar en batalla, campo donde era invencible ya que incluso el mismo Ares/Marte fue derrotado por la diosa, como se narra en la *Ilíada*, donde aparece como guerrera, mientras en la *Odisea* ejercerá el papel de acompañante y guía de los soldados.

¹⁸ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 886-901, p. 109.

Atenea es representada decorosamente cubierta con una túnica que le alcanza hasta los pies, aunque no se cubre la cabeza con un velo, sino con el yelmo, símbolo de su poder y de su casta guerrera. Sus atributos son la égida que la protege y la lanza, por lo que es probable que el epíteto, Palas, derive de *πάλλω* (*pállō*), que significa “blandir” y también “lanza”. La égida es una coraza realizada en piel de cabra adornada con la cabeza de Medusa; atributo tanto de Zeus como de Atenea, es símbolo de invulnerabilidad. Recordemos que la Medusa era un monstruo mitológico, una de las tres Górgonas, cuya cabeza conservaba el poder de petrificar a los que la miraban. Las Górgonas eran tres hermanas: Esteno, Euríale y Medusa, monstruos infernales de la mitología griega, entes fabulosos con figura de mujer cuyos cabezas tenían serpientes en lugar de cabellos, seres en los que se mezcla la belleza y la fealdad, que llegan a simbolizar, según Frobenius, “las posibilidades indefinidas de transformación de la naturaleza”).¹⁹ Perseo cortó la cabeza de Medusa y la consagró a Atenea.



Medusa, grabado de Jacobo Caraglio, 1530, British Museum, Londres (Gran Bretaña)

El animal que la representa es la lechuza —en la *Odisea* se la llama “la diosa de los ojos de lechuza”— símbolo de prudencia y sabiduría por su capacidad para ver en la oscuridad, a semejanza de la persona sabia que puede ver más allá de las apariencias. Pero también el gallo le está consagrado, como emblema de la osadía, la vigilancia, la fertilidad y la actividad, canta con fuerza precisamente antes de que se haga de día.

Aunque igual de independiente que Artemisa, su naturaleza civilizadora la alejaba de las posiciones ariscas y asociales de esta y Atenea no rechazaba la amistad de dioses y humanos, eso sí, de excepcional valor o reconocidas habilidades en algún terreno. Incluso se dice que vivió aventuras eróticas con ciertos héroes a los que, admirada de su valor y belleza, tomaba bajo su protección. Sin embargo, despreció violentamente los requerimientos amorosos del fogoso Hefesto, que excitado ante la belleza de la diosa pero sin conseguir sus propósitos de poseerla, derramó su espermatozoos.

¹⁹ J. A. PÉREZ RIOJA, *Diccionario de símbolos y mitos*, Tecnos, Madrid, 1988, p. 227.

sobre la tierra, de donde nació el niño Erictonio, que, al ser rechazado por Gea, fue adoptado como hijo por Atenea, llegando con el tiempo a convertirse en rey de Atenas.

Y, al igual que su hermana Artemisa, tampoco Atenea toleraba que violasen su territorio, aunque el castigo que imponía esta diosa civilizadora no solía ser tan extremado como el de su hermana: en cierta ocasión en la que fue vista tomando un baño por el mortal Tiresias, no lo mató, sino que poniendo su mano sobre los ojos de él lo dejó ciego, concediéndole a cambio el don de la visión interior.

De todas formas, aun siendo en general de carácter templado, ecuaníme y justa, tuvo también la diosa sus arranques de cólera divina y consiguiente venganza. Quizás el más terrible de los episodios protagonizado por Atenea tuvo como personaje principal a una joven llamada Aracne.

La historia cuenta así: la joven mortal Aracne era hija de un tintorero del cual había heredado el saber de tintes y mezclas de tonalidades. Además, tejía maravillosamente, mezclaba y bordaba los hilos de colores en tapices de inusitada belleza y esmerada composición que despertaban la admiración de cuantos los contemplaban y, según se decía, sus habilidades nada tenían que envidiar a Atenea. Sabedora de su maestría y envanecida por ello, Aracne, muy imprudentemente, se preciò de ser más hábil con la aguja y el telar que la misma diosa de los ojos glaucos. Sintiendo insultada por este menosprecio a su naturaleza divina, la diosa se le apareció bajo aspecto de anciana para advertirle que se conformase con ser la más habilidosa de las mortales y prevenirle que no desafiase a la diosa, que su vanidad podía costarle muy cara. Estando Aracne tan convencida de su superioridad, cuenta Ovidio que respondió insolente:

— Puede venir —dijo ella— y disputar conmigo cuál de las dos es más hábil; no rehúyo el combate. Y quiero, si soy vencida, someterme a toda suerte de castigos.

A lo que respondió la anciana:

— No se debe despreciar la vejez. Los años dan la experiencia y no debes dejar de escuchar los consejos que te doy. Conténtate con la reputación con que por tu habilidad has sobrepasado a todas las mujeres del mundo; pero no trates jamás de igualarte a una diosa. Debes satisfacer con alguna explicación las palabras ofensivas que acabas de proferir; ella está presta a perdonarte si demuestras arrepentimiento.²⁰

Pero Aracne no quiso escuchar la voz de la anciana, el eco de la vieja voz experta de Átropos, la sabiduría ancestral de Hécate... y, tras insultar, ofender e incluso intentar golpear a la mensajera, desafió abiertamente a Atenea. Ésta, irritadísima, recuperó su forma de doncella, aceptó el desafío y ambas se sentaron ante un telar a tejer cada cual el más hermoso de los tapices. Aracne se dedicó a plasmar en el telar las aventuras eróticas de Zeus, cosa que irritó muchísimo a la hija de este, la diosa Atenea.

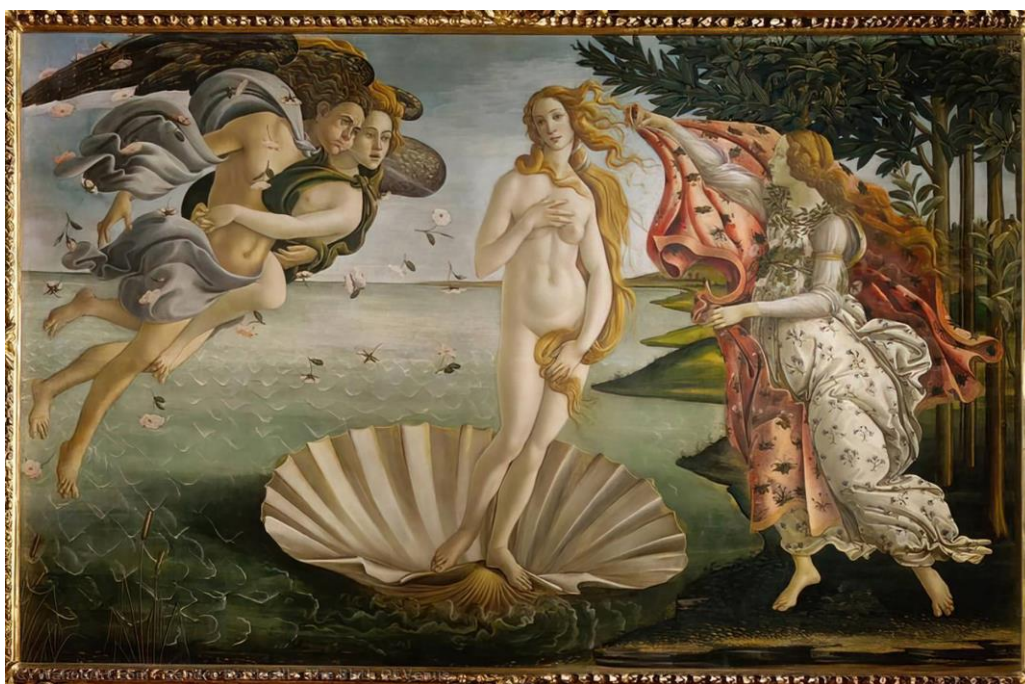
Terminada la labor, unos opinaban que ambos tapices se igualaban en maravillosa confección, algunos alababan el trabajo de Atenea, mientras que otros sostenían que la obra de la joven era incluso superior a la de la diosa. En fin, fuera como fuese, Atenea, poseída por una cólera divina, se vengó rompiendo la tela y el telar y, acto seguido, transformó a Aracne en una araña, para que por siempre se dedicase a lo que mejor sabía hacer. Otras voces, quizás para salvar la reputación de la diosa, cuentan que fue la muchacha la que, desesperada ante la reacción de la diosa, se suicidó ahorcándose, por lo que Atenea, compadecida, la transformó en araña.

²⁰ OVIDIO, *Las metamorfosis*, p. 102.

Y es que en Grecia y en Roma, las diosas, lo mismo que los dioses, no toleraban el desafío abierto de los humanos. Eso fue lo que, en vano, intentó advertirle la anciana a la doncella, inexperta aún frente a los escollos que, antes o después, se encuentran en la vida y en las relaciones. Y es una de las enseñanzas de Atenea: “Cuidado, mortal, no te vanaglories, no presumas demasiado, no te consideres perfecto en lo que haces, porque no está en la naturaleza humana alcanzar la completa perfección”.

AFRODITA, “DIOSA NACIDA DE LA ESPUMA”. En el “Himno homérico” VI, se narra el nacimiento de Afrodita en el mar y se habla de sus atributos, belleza y adornos. Más adelante, en el “Himno homérico” X, se indican sus atributos de belleza y encanto y sus funciones como diosa del amor tanto carnal como espiritual. En una versión menos extendida, recogida en el libro V de la *Ilíada* de Homero, Afrodita es hija de Zeus y de Dione, una diosa preolímpica y celeste.

En su *Teogonía*,²¹ Hesíodo retoma de nuevo el origen oceánico de la diosa y cuenta que nació de la espuma (el esperma) originada en el mar alrededor de los genitales de Urano, previamente cortados y lanzados al mar por su hijo Crono. Conforme a esto, Afrodita sería de una generación anterior incluso a la de Zeus.



El nacimiento de Venus, Sandro Boticelli, 1482-1485, Galería de los Uffizi, Florencia (Italia)

Este singular origen de la diosa, nacida de la unión fecunda entre la etérea energía del fuego celeste y las aguas marinas manifiesta de forma explícita su profunda y metafísica relación con el deseo amoroso, la sexualidad, la creación y la procreación. El conocimiento actual confirma el mito: que del calor del fuego, y de las aguas primordiales, del mar, surgió la vida.

La humedad y el calor armonizados en cierto punto guardan un secreto de fertilidad, porque el agua y el fuego, siendo contrarios, por ello tal vez logran engendrar toda generación posible.²²

²¹ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 188-207, p. 79.

²² OVIDIO, *Las metamorfosis*, pp. 26-27.

El agua representa y es la vida, pues además del agua del mar, de los manantiales, fuentes, ríos, lagos y lluvia, todo ser vivo contiene en sí este elemento fundamental que circula en forma de sangre, linfa, sudor, jugos gástricos, esperma, líquido amniótico, leche materna, lágrimas, saliva, orina, savia, etc., sin el elemento agua sería imposible la generación y existencia de los seres vivos.

Por otra parte, el agua se manifiesta de formas muy diferentes, al igual que las emociones: puede ser clara o turbia, calma como en un estanque o violenta como en las tempestades, fresca como en la fuente o calda como aguas termales, chispeante y cantarina como en un arroyo o turbia y mortal como el agua estancada de un pantano o de un pozo. El agua alberga muchos secretos y retiene información.²³

La gozosa, sensual y poderosa Afrodita/Venus, conocida también como Citerea (por dirigirse la diosa hacia esa isla griega tras su nacimiento) representa en toda su plenitud, y también en su misterio, la fuerza generadora que hace que se propague y mantenga la vida, de ahí que a los estimulantes del deseo erótico se los denomine “afrodisíacos”. Las atribuciones de esta deidad, tan temida como invocada, son, según Hesíodo: “las intimidades con las doncellas, las sonrisas, los engaños, el dulce placer, la ternura y la dulzura”.²⁴ Diosa del amor con poderes universales, infunde el “dulce deseo” en todos los seres. Así se señala a Afrodita con insistencia en el “Himno Homérico” V, especificándose que ejerce su dominio sobre dioses, hombres y animales, tanto los de la tierra, como los del mar y los del cielo. Por otra parte, y como hemos observado anteriormente, las únicas diosas que se le resistieron, a las que no pudo persuadir, convencer, ni embaucar, fueron Hestia, Artemisa y Atenea.

Los símbolos de la dorada Afrodita/Venus son la concha o venera (de ahí viene el llamar enfermedades venéreas a los males de transmisión sexual, si bien también procede de venera el término “venerar”, “veneración” con el sentido de “adorar”), las rosas, las palomas que revolotean a su alrededor, cisnes, conchas, moluscos, perlas, joyas, espejos, árboles como el manzano, el mirto o el granado. A ella se consagró el día viernes y se dio su nombre al planeta Venus, llamado “lucero del alba” por su brillo y resplandor matutino.

Es frecuente también que la acompañen alados niños desnudos, Cupidos o Erotes. Posteriormente, la Virgen María será con frecuencia representada rodeada de angelotes regordetes y alados que recuerdan extraordinariamente a los que acompañan a Afrodita, si bien en estas representaciones cristianas estos infantes aparecen desprovistos de la picardía y ferocidad de los grecolatinos, que, siendo en parte inocentes, son traviesos, descuidados a la vez que poderosos, pues disparan las flechas doradas del amor, tan anheladas como temidas por dioses y humanos, o del odio y el rechazo si llevan la punta emponzoñada.

Afrodita/Venus tiene un carácter universal al ser hija del celeste Urano, el “Cielo”, y, en cierto modo, del Mar, al que está muy vinculada, como protectora de las islas de Chipre y de Citera, lugares principales de su culto. Pero, además, es diosa de la tierra, pues tiene conexión asimismo con la fertilidad terrestre, además de presentar rasgos propios de la Gran Madre oriental, de la diosa Tierra, que ejerce un dominio infalible sobre todos los seres. Posee una faceta de madre protectora que nos descubre en su relación con Eneas, el hijo que concibió con el príncipe troyano Anquises, el cual, terminada la guerra de Troya, escapó de los vencedores y, llegando a las tierras itálicas, fue el progenitor del pueblo romano.

²³ Son muy interesantes los estudios sobre el agua llevados a cabo tanto por el investigador japonés Masaru Emoto en su libro *Mensajes del agua*, publicado en 2014, como por la investigadora y artista neozelandesa Veda Austin en su obra *The Living Language of Water*, publicado en 2024.

²⁴ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 203-207, p. 79.

Entre otros muchos casos en los que intervino, destacan especialmente los temibles efectos de su poder sobre Paris y Helena, asunto que está en estrecha relación con el famoso Juicio de Paris, cuyo resultado ocasionó finalmente la guerra de Troya. Diferentes autores han narrado un acontecimiento que tantas consecuencias graves y terribles tuvo, no solo para sus protagonistas, sino para pueblos enteros. El episodio se narra en el canto XXIV de la *Ilíada*; lo recoge también Eurípides en algunas de sus obras como *Andrómaca* o *Helena*; así como el romano Ovidio en su poema *Heroidas* o *Cantos de las heroínas*, en las que el poeta recrea una supuesta carta de Paris a Helena y la consiguiente respuesta epistolar de ella; posteriormente lo retomaría Luciano en su *Diálogo de los dioses*, entre otros autores.

Según los cronistas, los sucesos se desarrollaron de la siguiente manera: estando los dioses reunidos para las bodas de Peleo, apareció la diosa de la Discordia, despechada por no haber sido invitada, y arrojó sobre la mesa una manzana dorada con la (insidiosa) inscripción *para la más bella*. Tres diosas se presentaron raudas a disputarse el trofeo: Atenea, Hera y Afrodita. Para decidir el espinoso asunto, Zeus nombró juez al joven y bello pastor y príncipe troyano Paris. Al tiempo que se desnudaban ante el joven para que este pudiese juzgar su belleza con sus propios ojos, las diosas quisieron inclinar su voluntad con las siguientes promesas: Atenea le dio palabra de que si la elegía a ella le concedería ser un gran guerrero y un hombre sabio; Hera le prometió riquezas y el gobierno de grandes territorios; mientras que Afrodita le ofreció el amor de la mujer más bella de Grecia, Helena, hija de Zeus y la reina Leda y esposa de Menelao, rey de Esparta. Paris eligió a Afrodita como la más bella y, en pago, la diosa le ayudó a raptar a la sin par Helena y llevarla a Troya, lo cual desencadenó la conocida guerra entre aqueos, convertido Menelao, el esposo ultrajado, en su líder, y troyanos, los conciudadanos de Paris.

Por su parte, y como no podía ser menos al tratarse de la diosa del amor, Afrodita tuvo amores con diferentes dioses del Olimpo. Fue la esposa del lisiado Hefesto o Hefestos (Vulcano en roma), dios de la herrería, la forja, los metales, la metalurgia, la escultura, los volcanes y todas las actividades en las que se emplee el fuego, lo cual es realmente significativo, puesto que el amor se describe y se siente como fuego que, literal y metafóricamente, alienta, enciende la chispa vital, crea y construye, como en la forja o la escultura, pero también quema, abrasa y destruye.

Estando casada con Hefesto, se enamoró de Ares (Marte) con quien vivió un apasionado idilio extramatrimonial del cual nació Cupido, aunque otras versiones señalan a Cupido como ser anterior incluso a estos dioses, otros atribuyen su paternidad a Mercurio, dios mensajero con el que también se la relaciona, pues el Amor necesita de la comunicación, el trato, la palabra que lo estimule, el mensaje que lo vivifique, para enraizarse en los corazones y florecer. Es en el canto VIII de la *Odisea*²⁵ donde se narran sus relaciones amorosas al mismo tiempo con su esposo, Hefesto/Vulcano, y con su amante, Ares/Marte, en una historia de “triángulo amoroso” en el que finalmente el despechado Hefesto teje una finísima red de hierro con la que atrapa a los adúlteros en el lecho, los cuales quedan vergonzosamente expuestos ante el resto de divinidades.²⁶ En la *Teogonía*²⁷ de Hesíodo, se narra su unión con Ares/Marte, que, al igual que la diosa, representa un impulso elemental, al tiempo que se expone su carácter de madre de los hijos habidos de esta relación: Fobos y Deimos o Miedo y Terror.

²⁵ HOMERO, *Odisea*, introducción de M. Fernández-Galiano y traducción de J.M. Pabón, Gredos, Madrid, 1993, vv. 266-366, pp. 215-218. (Obra original s. VIII a. C.).

²⁶ OVIDIO, *Las metamorfosis*, p. 71.

²⁷ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 933-937, p. 110.

Por otra parte, además del ya mencionado príncipe troyano Anquises, su gran amor humano fue el joven cazador Adonis que con su belleza cautivó a la misma diosa del Amor, si bien poco tiempo disfrutaron de su pasión, pues pronto el joven murió a causa de las heridas que le produjo la embestida de un jabalí. Una trágica historia en cuyo centro parece latir la advertencia de que cuando Afrodita/Amor se ha apoderado de la voluntad de un ser humano, este, obnubilado por la pasión amorosa, no presta la suficiente atención a las cosas y asuntos cotidianos de la vida, mucho menos está atento a los grandes peligros que lleguen a acecharle, llegando incluso a poner en grave riesgo su vida; el amor muestra su aspecto absorbente y la razón se ve perturbada; como se expresa en el *lais* “Equitán” recogido por María de Francia en la Bretaña de finales del siglo XII: “quienes no tienen juicio ni medida en amor poco aprecian su propia vida; es ley de amor que al enamorado la razón lo abandone”.²⁸ No es de extrañar pues, que Afrodita y Atenea, casta diosa de la razón y la civilización de los instintos, sean enemigas acérrimas, tal y como se constata en el canto V de la *Iliada*²⁹, en el que Atenea se queja a Zeus del comportamiento de Afrodita, que favorece a los troyanos en la guerra contra los aqueos, hasta el punto que el padre olímpico le dice a Afrodita: “Hija mía, a ti no te están dadas las bélicas empresas. Tú ocúpate de las deseables labores de la boda, que de todo esto se cuidarán el impetuoso Ares y Atenea”.³⁰ Y de nuevo en el canto XXI,³¹ donde aparece una escena entre las dos diosas en las que Atenea ataca y golpea a Afrodita.

Por tanto no conviene olvidar que Afrodita, además de su aspecto dulce y delicado, de los deliciosos placeres sensuales y también espirituales que concede (pues es amiga de Baco/Dionisos), y de la fertilidad que otorga (mantiene también buenas relaciones con Deméter/Ceres), puede ser sumamente dañina, temible, pues Amor y su compañero Eros, además de goces y deleites, en muchas ocasiones causan graves daños en las vidas de los amantes y de su entorno; heridas profundas que tardan en cicatrizar, serios desgarros que no se curan fácilmente, pues su fuerza transformadora que de la materia extrae vida, es tan poderosa que fácilmente llega a ser destructiva, como un fuego que da calor, ayuda a cocinar los alimentos, pero, sin vigilancia y atención, también puede descontrolarse y devastarlo todo a su paso. El amor eleva, produce la chispa vital, genera y regenera, pero también puede destruir a un individuo sin piedad alguna. Por este motivo era tan adorada como temida. Así exclama el coro en *Medea*:

Los amores demasiado violentos no conceden a los hombres ni buena fama ni virtud. Pero si Cipris [alude a Afrodita, nacida en la isla de Cipris, Chipre] se presenta con medida, ninguna otra divinidad es tan agradable. ¡Nunca, soberana, lances sobre mí, desde tu áureo arco, el dardo inevitable ungido con el deseo!³²

Y continúa el canto lírico elevando una súplica a la diosa para que no le enviara dañinos amores adúlteros, puesto que la infidelidad acaba siendo una red que atrapa a los amantes infieles:

¡Que la castidad me ame, don bellísimo de los dioses! ¡Que nunca la terrible Cipris arroje sobre mí iras discutidoras, ni disputas insaciables, golpeando mi ánimo con el deseo

²⁸ M. DE FRANCIA, *Lais*, ed. y trad. de Luis Alberto de Cuenca, Acantilado, Barcelona, 2017, p. 41.

²⁹ HOMERO, *Iliada*, traducción, prólogo y notas de E. Crespo Güemes, Gredos, Madrid, vv. 405 y ss., p. 198. (Obra original s. VIII a. C.).

³⁰ HOMERO, *Iliada*, vv. 428-430, p. 198.

³¹ HOMERO, *Iliada*, vv. 423 y ss., p. 531-532.

³² EURÍPIDES, *Medea*, trad. de A. Medina, J.A. López Pérez y J.L. Calvo, Gredos, Madrid, 2006, p. 138.

de un lecho ajeno, sino que, reverenciando las uniones sin guerra, distribuya con espíritu agudo los matrimonios de las mujeres!³³

Este aspecto terrible, y temible, del amor se expresa en el apodo de Afrodita Urania con el que en ocasiones se conocía a la diosa, por su conexión con su celestial padre Urano, dios imprevisible en su comportamiento, de azaroso e incontrolable temperamento. De ahí que uránicos se denominaba también a los transgresores, los que rompían las normas establecidas, y por extensión, a los locos, los trastornados, los que se situaban fuera del orden social, de hecho, en el siglo XIX se aludía con este adjetivo a la homosexualidad masculina.

Un ejemplo terrible de amores desgraciados es la historia de Medea, “de bellos tobillos”, hija de la ninfa Idía, “la de hermosas mejillas” y de Eetes, rey de Cólquida, a su vez hijo del dios Helios.³⁴ Era Medea una princesa y hechicera originaria de una lejana y exótica tierra en el Asia Menor, a quien Afrodita inspiró un amor sin límites hacia el héroe Jasón para que con sus artes mágicas le ayudase en su arriesgada y difícil empresa de conseguir el vellocino de oro. A cambio de esta ayuda, Jasón prometió a la princesa que se casaría con ella y siempre le sería fiel. Sin embargo, Medea es abandonada por su marido para casarse con otra mujer, por lo que sintiéndose engañada, concibe una terrible venganza asesina contra los propios hijos habidos con él y contra la nueva esposa, venganza que alcanza incluso al padre de ésta. Así clama la traicionada Medea:

No, por la soberana a la que yo venero por encima de todas y a la que he elegido como cómplice, por Hécate, que habita en las profundidades de mi hogar, ninguno de ellos se reirá de causar dolor a mi corazón.³⁵

Por lo demás, Afrodita tolera muy mal que se la desprecie, como ya pudimos comprobar en el triste caso del joven Hipólito, y suele hacer pagar muy caro el rechazo del Amor y la sexualidad que la diosa representa, pues se entiende este desprecio como un rechazo a la vida, a la relación con el otro, un narcisismo del que se niega a amar que impide que la vida fluya y continúe. En cuanto a este tema, es muy ilustrativa una hermosa narración en los *Lais* de María de Francia, que lleva por título “Guigemar”. Dice así: El joven noble bretón Guigemar, un hermoso doncel que nunca se ha enamorado de ninguna mujer, ni ha mostrado interés alguno por el amor, un día de cacería sin piedad mata a una hermosa cierva blanca que con su cervato se esconde en la espesura de la floresta, representa el bello animal a la mujer, el amor y la fertilidad que el joven, llevado por su vanidad y egoísmo, ha rechazado hasta el momento. Sin embargo, rechazar a Afrodita tiene consecuencias muy graves; la flecha mortal que le ha clavado al bello animal se vuelve contra él y le hiere profundamente en un muslo: una herida que no curará hasta que sufran terriblemente por amor tanto él como la dama de quien se enamore. Cuando Amor llega por fin, lo siente como “una herida en el corazón”, al igual que al rey Equitán, en otro de los *Lais*, una pena de amor adúltero le hace temblar de pies a cabeza, pues según expresa bellamente el editor en la introducción a los *lais* que recoge María de Francia: “Amor mata, Amor embriaga, Amor siembra melancolía, Amor reparte dones de dulzura y saetas de angustia: es el filtro universal que, una vez ingerido, inunda de belleza los corazones. Su gran enamorada, la Muerte, no está lejos”.³⁶

³³ EURÍPIDES, *Medea*, p. 138.

³⁴ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 960-63, p. 111.

³⁵ EURÍPIDES, *Medea*, p. 129.

³⁶ M. DE FRANCIA, *Lais*, p. 8.

HERA/JUNO.



Juno, grabado, Giovanni Jacopo Caraglio, 1530, British Museum, Londres (Reino Unido)

Hera, su nombre puede significar “señora, reina”, pero también se la conoce como “protectora de héroes”, “ojos de vaca”, esto último por su relación con la fertilidad y, por tanto, con la Diosa Madre, que a menudo es significada por este poderoso animal bovino. Clásicamente se la suele representar con lujosos ropajes y portando cetro y polos, cuyo origen es la corona en forma alta y cilíndrica, usado por las diosas del antiguo Oriente próximo y la península de Anatolia y que, posteriormente, los griegos tomaron para adorno de las diosas madre: Gea, Rea y Hera. Representa su dignidad, nobleza, halo, aura, poder terrenal en conexión con lo divino. Es hija de Rea y Cronos, hermana de Hestia, Deméter, Hades, Poseidón y Zeus, su hermano y consorte, y jefe del Olimpo.³⁷ Con Zeus es madre de Ares (dios de la guerra, llamado Marte en Roma), Hebe, diosa de la juventud e Ilitía (diosa de parto). Por sí misma tuvo a Hefistos (o Hefesto, llamado Vulcano en Roma), dios de la fragua.

Hera, Juno en Roma, tiene como antecesora a una antigua diosa indoeuropea de la fertilidad y la feminidad y es la protectora de las doncellas, el matrimonio, la maternidad y la viudez, motivo por el que era muy venerada y su culto muy extendido, en su honor se consagraron numerosos templos en diferentes partes de Grecia. Además, en toda Grecia se celebraban competiciones deportivas para mujeres, los Juegos hereos (*heraia*), en honor a Hera, así como festivales matrimoniales anuales (*hierogamia*) en los que las parejas representaban el matrimonio de Zeus y Hera.

Sus símbolos son el pavo real, tal vez por la vanidad con que presumía de sus atributos o tal vez por los cien ojos de su cola desplegada (siempre vigilaba con celo a

³⁷ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 453 y ss., p. 91.

su infiel esposo), la vaca, el cetro, la diadema que denota su conexión con las fuerzas celestiales.

Por lo general, congeniaba con Afrodita, la cual le prestó su famoso cinturón de gracias y encantos para que sedujera a Zeus, que apoyaba al bando aqueo liderado por Menelao, para seducirlo y así distraerlo en un determinado momento de la guerra de Troya en el que los asediadores de la ciudad iban venciendo.

Aunque amable y protectora, conciliadora y poco amiga de las peleas y discusiones en el seno de la familia, acabó por desarrollar un carácter celoso y vengativo a causa de las muchas infidelidades de su esposo, Zeus, pues como guardiana de la familia y el hogar no podía tolerar el desorden que introducía su esposo en el matrimonio. De modo que en numerosas ocasiones manifestó una conducta cruel y se ensañó con las amantes de su esposo y también con los hijos nacidos de estas uniones. Es el caso del héroe Heracles, conocido como Hércules en Roma, hijo de Zeus y la mortal Alcmena, hija del rey Electrion, un niño nombrado al nacer Alceo o Alcides. Una hostil Hera primero retrasó el parto y luego envió a dos serpientes para que mataran al infante en su cuna, pero este, mostrando ya una fuerza descomunal, las mató con sus propias manos. El recién nacido fue abandonado en un monte por su madre, temerosa de que su destino fuese aún peor que el morir, ante lo cual Zeus obligó a su esposa a amamantar al niño y de la leche derramada surgió la Vía Láctea. Posteriormente, la diosa hace que el rey Euristeo le imponga doce trabajos terribles, que el héroe acaba por cumplir satisfactoriamente gracias a su valor, voluntad y resistencia sobrehumana, ganándose con ello el respeto e incluso el cariño de su antes hostil perseguidora. Por ello Apolo, a través del oráculo de Pitias, suma sacerdotisa del templo de Delfos consagrado al dios solar, le cambió el nombre a Heracles, que significa “gloria de Hera”. Finalmente, como prueba de aceptación, la diosa le concedió en premio a su valor y fortaleza la mano de su hija Hebe, diosa de la juventud, asegurando con ello la condición semidivina del héroe. Con ella tuvo el héroe dos hijos, que se unieron a su anterior descendencia. Otro de sus héroes protegido fue Jasón, quien la ayudó desinteresadamente a cruzar un río cuando la diosa, disfrazada de anciana, se lo pidió. En agradecimiento por este acto que había puesto a prueba la generosidad del héroe, la diosa lo protegió en todas sus aventuras cuando el joven partió en busca del Vellocino de oro en la famosa expedición de los argonautas. Solo perdió el favor de su protectora en el momento en que le fue infiel a Medea, quien, por completo enamorada del héroe por intervención de Hera y Afrodita, le había ayudado a conseguir el Vellocino.

Hera encarna la fidelidad a los vínculos matrimoniales y, por tanto, apunta a la conservación de la familia, por lo que todas sus venganzas se relacionaban con el adulterio de su esposo o el de otros que pudieran estar bajo su protección, pues la infidelidad suponía romper el orden que regía las relaciones entre los cónyuges, con las consecuencias sociales, emocionales o económicas que ese hecho solía conllevar, y conllevan, para ellos mismos y sus parientes y descendientes.

HÉCATE. Al final del ciclo, volvemos a encontrarnos con Hécate, tal vez una divinidad considerada menor pero que posee un gran significado simbólico e importante presencia en los mitos grecolatinos.

Desde su nacimiento, Zeus le ofreció grandes presentes y la adornó con cualidades muy significativas y la dotó de poderes extraordinarios.³⁸ Acompañó a Deméter/Ceres cuando la diosa de la cosecha buscaba desesperadamente a su hija, la doncella Coré, por lo que posteriormente Zeus, el jefe de los olímpicos, que la

³⁸ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 410-450, p. 89-90.

respetaba sobremanera por su rigor, seriedad, respeto por la justicia y recta voluntad, la nombró protectora y mentora de los jóvenes³⁹ y guardiana de la cosecha para las siguientes generaciones, añadiendo estas misiones a la de guía en los cruces de caminos, intersecciones, confluencias, bifurcaciones y toma de decisiones. Tomaba asiento junto a los reyes en los juicios; si quería, podía hacer que alguien destacase en el ágora, al igual protegía a los guerreros en la batalla y favorecía a los atletas que ella consideraba. Por sus poderes sobre lo oculto, lo oceánico, el mar, era invocada por los pescadores para obtener buena pesca, cosa que ella concedía o no según considerase. Igualmente podía aumentar o disminuir a voluntad el ganado en los establos y en las majadas.⁴⁰



Hécate, ilustración de Stephane Mallarmé, en *Les Dieux Antiques: nouvelle mythologie illustrée* (París, 1880)

Diosa enigmática, solitaria y poderosa, originalmente identificada con la Diosa Madre, al menos con una de sus emanaciones, acabó por ser la deidad que aparece en las encrucijadas, tanto físicas como simbólicas. También llamada la diosa triforme, con frecuencia se la presenta como una figura de tres cabezas: mira al pasado, al presente y al futuro. Debido a esta capacidad de ver diferentes dimensiones del tiempo y el espacio, se le atribuyen poderes de clarividencia y adivinación. Sus atributos y símbolos son las llaves, que dan acceso al mundo de los misterios, antorchas, símbolo de la búsqueda de conocimiento, perros, serpientes, como animales nocturnos y solitarios que tienen acceso al mundo subterráneo tanto material como psicológica y espiritualmente. Es una deidad vinculada a la luna, a la tierra y al submundo y, aparte de conocer los misterios, uno de sus papeles fundamentales es conservar la cosecha para las siguientes generaciones. Una cosecha tanto material como relativa al saber y al conocimiento que transmitirá a los descendientes de los hombres.

³⁹ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 429-448, pp. 90.

⁴⁰ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 450-453, pp. 89-90.

Es la diosa de la intuición, del saber oculto, del conocimiento esotérico, de la realidad tras las apariencias, por lo que suele encontrarse en las horas del amanecer o del crepúsculo, entre tinieblas, a media luz, en los umbrales y en los finales de las cosas, con lo que acabó por identificarse con la Parca Átropos, al tiempo que presenta también aspectos de su protegida Proserpina, reina del Hades (la antigua Coré, “la semilla”). Debido a su buen hacer en esta relación como mentora, Zeus, que la respetaba profundamente, por su saber y prudencia, la nombró protectora y consejera de los jóvenes, considerado un deber de los ancianos, así como es deber de los jóvenes escucharlos, no despreciar la ancianidad, como ya había advertido Atenea a la joven y altiva Aracne, que tan mal final tuvo por negarse a escuchar las advertencias de la diosa en su forma de anciana.

En este papel de consejera, el personaje de la vieja y solitaria Celestina de Fernando de Rojas, convertida en una seguidora de Hécate, advierte y recrimina al joven Pármeno ya en el acto I de la obra:

¿Qué es razón, loco? ¿Qué es afecto, asnillo? La discreción, que no tienes, lo determina, y la discreción mayor es la prudencia, y la prudencia no puede ser sin experimento, y la experiencia no puede ser más que en los viejos, y los ancianos somos llamados padres, y los buenos padres bien aconsejan a sus hijos [...]. ¿Y cuándo me pagarás tú esto? Nunca, pues a los padres y a los maestros no puede ser hecho servicio igualmente. ⁴¹

Y se lo repite en otra ocasión, en el acto VII, para advertirle de nuevo, porque sabe que a los jóvenes hay que repetirles las cosas importantes. Le repite a su protegido e hijo adoptivo Pármeno:

Óyeme, si no me has oído, y mira que soy vieja y el buen consejo mora en los viejos y de los mancebos es propio el deleite.⁴²

Celestina es una vieja partera, alcahueta, hechicera, que camina y actúa por las noches y tiene tratos con las artes mágicas; en este sentido es seguidora de los aspectos más oscuros de Hécate. Es una mujer que conoce y maneja las claves de la sociedad en la que vive y que, por sus años y su experiencia, posee sabiduría, manifestada en comentarios profundos y esclarecedores sobre la naturaleza humana y las cosas del mundo. De ese saber se sirve para manejar con destreza, y siempre para su interés, las bajas pasiones de hombres y mujeres.⁴³ Pero Celestina posee muchas dobleces y tiene más de humana que de divina: posee amplios conocimientos de la vida, sabe dar consejos a los jóvenes, que semejan sensatas advertencias y buenas recomendaciones, pero que, sin embargo, ocultan una trampa cruel: prepararan el terreno para sus arteras maniobras y turbios propósitos, ablandan la voluntad y el entendimiento, fomentan la confianza en su saber y presencia, a la vez que encubren la perdición de sus mismos oyentes.

Así, más adelante en el mismo acto, insiste ante la joven Areúsa:

Pues avísote, de tanto, que fui errada como tú y tuve amigos; pero nunca el viejo ni la vieja echaba de mi lado ni sus consejos en público ni en mis secretos.⁴⁴

⁴¹ FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, Cátedra, Madrid, 1991, pp. 126-127. (Obra original de 1499).

⁴² FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, p. 192.

⁴³ FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, pp. 196-198. Su comadre, amiga y compañera de hechicerías, la madre de Parmenio, es detenida cuando cogía tierra de una encrucijada. Es la misma mujer que anda de noche sola, sin miedo alguno, por los cementerios excavando tumbas y que, junto con Celestina, entre otras cosas, despoja a los cadáveres de los ajusticiados de sus escasas pertenencias, incluidos los dientes que le puedan quedar.

⁴⁴ FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, p. 208.

Con el paso del tiempo, y dada su creciente relación con el ultramundo y la oscuridad, la solitaria Hécate pasó a ser la diosa de las tinieblas y la hechicería, a la que, como vimos anteriormente, invoca con terribles expresiones Medea en la tragedia de Eurípides cuando busca vengarse de su infiel esposo Jasón.

En otro orden de cosas, la anciana encarnada en diversas figuras conserva intacto lo el apetito, casi la voracidad, sexual de la que ha hecho gala la *Magna Dea* en sus otros aspectos y manifestaciones, y reivindica la expresión de la sexualidad y sensualidad de la mujer: “Y aún así, vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo”,⁴⁵ dice Celestina en el acto III. De ahí que, en sus manifestaciones, guste de amantes jóvenes y fuertes, como es el caso de Circe, a quien se considera hija espiritual, si no biológica, de Hécate y continuadora de su labor en las artes de la hechicería. Seductora y bellísima a pesar de sus incontables años, Circe fue una poderosa maga que, enamorada de Ulises, retiene a este en su isla para convertirlo en su amante.

Termina así los retratos de algunas de las más significativas manifestaciones de la Gran Diosa o diosa Madre en las diosas grecolatinas. Cada una de ellas porta varios de estos aspectos, pero todas tienen que ver con la vida, la naturaleza, las leyes que rigen el destino, los deseos del alma humana y la relación entre las acciones y sus consecuencias. Nos hablan, más que con palabras o discursos, a través de sus manifestaciones, sus imágenes, sus hechos, los símbolos que las acompañan y los mitos que protagonizan. Lo cual proporciona una forma de conocimiento deleitoso y profundo a la vez que se transmite a través del tiempo y las generaciones sin por ello perder un ápice de su interés y encanto, pues, finalmente, hablan de las dificultades, los misterios y la hondura de la increíble aventura que es la existencia humana.

⁴⁵ FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, p. 144.